

La condición agonizante de la región de Luvina.


The dying condition of the Luvina region.

DOI: 10.32870/sincronia.v30.n89.e0311

Ramón Bárcenas

Universidad de Guanajuato.

(MÉXICO)

CE: rbarcenaz@yahoo.com.mx <https://orcid.org/0000-0003-3433-9849>Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0.](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)

Recepción: 01/08/2025 Revisión: 12/09/2025 Aprobación: 20/11/2025

Cómo citar este artículo (APA):**En párrafo:**

(Bárcenas, 2026, p. _).

En lista de referencias:Bárcenas, R. (2026). La condición agonizante de la región de Luvina. *Revista Sincronía*. 30(89). 210-223
DOI: 10.32870/sincronia.v30.n89.e0311**Resumen:**

Juan Rulfo sostiene que la redacción del cuento "Luvina" le dio la clave para entrar en esa atmósfera rara que caracteriza su novel *Pedro Páramo*. La atmósfera oscura de la novela se relaciona con la misteriosa región de muerte, simbolizada en el pueblo de Comala, al igual que con los personajes lúgubres de la obra. Este artículo aborda un sentido en que la escritura de "Luvina" pudo permitirle a Rulfo adentrarse en esa atmósfera rara y siniestra de la novela. Se propone que el cuento presenta escenarios, personajes y sucesos extraños que permiten una lectura de connotaciones siniestras; es decir, "Luvina" representa una región moribunda que es próxima a la dimensión de muerte encarnada en la fantasmal Comala.

Palabras clave: Agonía. Muerte. Bruma. Extrañamiento.**Abstract:**

Juan Rulfo affirms that the exercise of writing "Luvina" gave him the key to entering the strange atmosphere of his novel *Pedro Páramo*. The novel's weird atmosphere is related to the mysterious region of death, symbolized by the town of Comala, as well as to the work's gloomy characters. This text addresses a possible way in which the writing of "Luvina" allowed Rulfo to enter the novel's sinister atmosphere. It is held that the short story presents strange settings, characters and events that allow for a reading of sinister connotations; in other words, "Luvina" represents a dying region that is pretty close to the dimension of death embodied in the ghostly Comala.

Keywords: Agony. Death. Mist. Estrangement.

[...] no es culpa de mis ojos si todo me parece descolorido. Por el contrario, un hado nefasto ha tendido un turbio manto de nubes sobre mi vida, y tal vez sólo llegaré a disiparlo con la muerte.

E.T.W. Hoffmann.

Introducción

El cuento “Luvina” es considerado por Juan Rulfo como uno de los más próximos a *Pedro Páramo* porque su redacción le permitió adentrarse en ese mundo siniestro de Comala. El escritor jalisciense afirma que escribió los cuentos como un ejercicio para dar con el habla y la atmósfera de la novela. Por un período de diez años Rulfo meditó y concibió ciertos elementos clave de *Pedro Páramo* antes de su publicación. La idea de la obra, los personajes y el lugar en que se iba a desarrollar habían sido ya concebidos, pero faltaba la atmósfera y el modo de habla. La redacción de relatos cortos tendría el propósito de fungir como una preparación para dar con esos elementos buscados. Este ejercicio de escritura inicia en 1945 y en julio se publica “Nos han dado la tierra” en el número 2 de *Pan. Revista de Literatura*. Un mes después, en agosto, el cuento también aparece en el número 42 de la revista *América* (cf. López, 1996, pp. 505-507).

Rulfo continúa con la redacción de cuentos durante los años siguientes y entre 1945 y 1951 publica seis relatos más en la revista *América*, entre los que destacan “Es que somos muy pobres”, “El llano en llamas” y “Diles que no me maten”. En septiembre de 1952 ingresa como becario en el Centro de Escritores Mexicanos y escribe ocho cuentos más, entre ellos “Luvina” y “No oyes ladrar los perros”. Los quince cuentos son publicados en septiembre de 1953 en una colección titulada *El llano en llamas*. En este mismo año vuelve a ser becario en el Centro de Escritores Mexicanos y redacta su célebre *Pedro Páramo*, el cual ve la luz en marzo de 1955 (cf. López, 1996, pp. 510-512). Así, entre el ejercicio de escribir los cuentos y la publicación de la novela pasó cerca de una década.

De la colección de cuentos, “Luvina” tiene un lugar especial, pues su redacción le dio la clave para adentrarse en esa atmósfera rara que caracteriza su novela. El autor lo expresa de la siguiente forma: “*El llano en llamas*, en uno de los cuentos, que se llama ‘Luvina’, fue más bien un ejercicio para entrar en un mundo un poco así, sombrío, siniestro más bien, con la atmósfera rara de *Pedro Páramo*” (Rulfo, 2017, p. 392).¹ La atmósfera extraña de la novela se relaciona con la misteriosa

¹Véase también las entrevistas: “Juan Rulfo: La literatura es una mentira que dice la verdad. Una conversación con Ernesto González Bermejo” y “Juan Rulfo. Inframundo. Sylvia Fuentes”, en Fell, Claude (ed.) (1996). *Juan Rulfo. Toda la Obra*, México: Archivos/UNESCO, pp. 462 y 474, respectivamente.

región de muerte, simbolizada en la fantasmal Comala. Los habitantes de este poblado son figuras sombrías que van desde difuntos activos que conversan entre sí en sus tumbas y rememoran sus vidas pasadas; ánimas en pena que vagan por las calles de Comala; hasta algunos pocos residentes que aún parecen vivir en ese lugar.

Este artículo explora un sentido en que el cuento "Luvina" pudo permitirle a Rulfo adentrarse en esa atmósfera rara y siniestra de la novela. Se propone que el relato corto presenta escenarios, personajes y sucesos extraños que posibilitan una lectura de connotaciones siniestras. "Luvina" trata de una región moribunda y contigua a la dimensión de muerte que es Comala. El cuento ofrece una representación de un aspecto perturbador de la existencia humana, a saber, la condición de agonía. Los elementos que posibilitan leerlo desde esta perspectiva son: la desolación del entorno natural, el carácter sombrío de sus habitantes, una bruma grisácea que cubre el horizonte y una perturbación del sentido del tiempo y espacio que acontece en la zona.

La atmósfera extraña de Comala

El entorno siniestro y oscuro de *Pedro Páramo* proviene de la condición particular de los personajes de la obra, y de la extraña dimensión en la que éstos se encuentran y desde la cual hablan. Los habitantes de Comala son difuntos enterrados que conversan entre sí en sus sepulcros o hablan en voz alta rememorando sus vidas pasadas. Los muertos no yacen inertes en sus fosas, sino que son seres activos que despiertan, se mueven, se quejan, hablan en voz alta y conversan entre sí. La novela inicia con una narración por parte de Juan Preciado que parece interpelarnos a nosotros en cuanto lectores, pero luego descubrimos con asombro y espanto que en realidad va dirigida a Dorotea *la Cuarraca*, su compañera de tumba. Juan Preciado está muerto y su cadáver se encuentra sepultado junto al de Dorotea en la misma fosa. Los dos difuntos conversan entre sí, rememoran sus vidas pasadas y tratan de pasarla bien, porque saben que van a estar "[...] mucho tiempo enterrados" (Rulfo, 2005b, p. 65). Su conversación se ve de pronto interrumpida por una voz emergente que proviene de una tumba cercana. Es Susana San Juan, quien recuerda en voz alta el fallecimiento de su madre y su velorio al que nadie asistió. Susana también es consciente de que está muerta y de que se encuentra enterrada en un cajón negro y no en la cama de su madre como inicialmente comienza su rememorar.

Pero los residentes de Comala no sólo son muertos activos en sus tumbas, también son ánimas en pena que deambulan por las calles del pueblo en busca de seres vivos que intercedan por ellas. La difunta Dorotea confiesa que su alma debe andar vagando por el mundo en busca de alguien que rece por su salvación; pero eso ya no le preocupa porque justo en la tumba donde reposa su cuerpo representa para ella el mismo Cielo. Cuando Juan Preciado llega a la región de Comala, los múltiples encuentros que tiene son precisamente con ánimas en pena. El primero de ellos es con Abundio el arriero con quien se topa en el cruce de caminos Los Encuentros. Jean Chevalier (1999) afirma que las encrucijadas son lugares propicios para "[...] el paso de un mundo a otro, de una vida a otra, o de la vida a la muerte". (p. 446). Juan esperaba desorientado en el nudo de caminos sin saber qué dirección tomar para llegar a Comala. El arriero aparece de pronto, como surgido de la nada, y le dice que él va hacia ese rumbo, de manera que termina por ser su guía. Carlos Fuentes sostiene que el arriero hace la función de Caronte al conducir a Preciado a la dimensión del más allá, representada en la fantasmal Comala (cf. Fuentes, 2010, p. 253).

Antes de despedirse Abundio le recomienda a Preciado buscar hospedaje en la posada de Eduviges Dyada. La posadera lo recibe y lo acomoda en un cuarto totalmente vacío. La mujer le comenta que recién se enteró de su visita y por eso no tuvo tiempo de preparar bien la habitación. Le cuenta que su madre y ella fueron muy amigas de jóvenes y se habían hecho la promesa de morir juntas para acompañarse. También le confiesa que estuvo a punto de ser su madre, cuando sustituyó a Doloritas en su noche de bodas. El joven escucha agobiado todo lo que le cuenta esa mujer de semblante transparente y de mirada velada. Pero en un punto de la plática ella le pregunta si alguna vez ha escuchado el quejido de un muerto, a lo que él responde que no. "—Más te vale, hijo. Más te vale—", le responde (Rulfo, 2005b, p. 35). Juan no sabe apreciar esta advertencia y tiene la desgracia de escuchar el grito aterrador de Toribio Aldrete, el ahorcado. Fulgor Sedano lo asesinó y abandonó su cuerpo colgando justo en esa habitación. En ese instante de espanto y desesperación, alguien entra de súbito al cuarto: es Damiana Cisneros, la caporal de la Media Luna.

Damiana lo invita a dormir en la hacienda y mientras caminan por las calles hacia ese lugar, le revela algo siniestro sobre Comala. "—Este pueblo está lleno de ecos. Tal parecen que estuvieran encerrados en los huecos de las paredes o debajo de las piedras" (p. 44). Le cuenta que a veces se oyen pasos detrás sin que haya alguien caminando, o se escucha el arrastrar de hojas por el viento donde ni siquiera hay árboles. Preciado le pregunta cómo dio con él y si ella sí está viva, ante lo cual

Damiana Cisneros simplemente se desvanece. Juan le grita por su nombre y las calles vacías le regresan el eco de su propia voz. Sin embargo, sus gritos sí son atendidos por los habitantes sombríos del pueblo. De repente se oyen ladridos, voces, ruidos, canciones y rumores por doquier. Los residentes de Comala parecen despertar con la presencia vital del joven. Así, a la vuelta de una esquina se oye hablar a dos jovencitas acerca de un tal Filoteo Aréchiga. En otra, un hombre intenta convencer a su novia Chona para que abandone a su padre y se fugue con él. Más allá suenan canciones lejanas. Pero el joven no sólo escucha voces y ruidos, también ve sombras manifestarse frente a él. Ve pasar carretas vacías jaladas por bueyes y hombres caminando como dormidos. "Y las sombras. El eco de las sombras" (p.50). Todo este tumulto espectral acontece de golpe en ese pueblo abandonado de Comala.

Juan Preciado está a punto del colapso cuando siente que alguien le toca el hombro y escucha una voz que lo invita a pasar a una casa: es la pareja enigmática de Donis y su hermana. El encuentro de Preciado con los hermanos-esposos es de un misterio particular (cf. Bárcenas, 2019, pp. 616-620). Su presencia sugiere que Comala no está poblada únicamente por cuerpos enterrados y ánimas en pena. Al parecer aún viven algunas personas allí, como Filomeno, Melquíades y Prudencio el viejo. Los hermanos acogen a Juan Preciado en su vivienda, una casa con la mitad del techo caído,² en la que el joven puede dormir, conversar con personas y comer algo de alimento que le ofrecen. La mujer le confiesa que son hermanos-esposos y que ella no sale a la calle por vergüenza, pues su cara está manchada por el pecado. Pero cuando él la observa bien, lo único que ve es un rostro normal como cualquier otro. Más tarde Donis sale a la calle en busca de un borrego cimarrón y Juan se queda a solas con la hermana. La noche llega y Donis no regresa, entonces la joven lo invita a dormir en la cama. Al principio Juan opone resistencia, pero pronto termina por aceptar y se acuesta con ella. La pareja duerme cuando al filo de la medianoche tiene lugar un evento perturbador. El calor y el sudor despiertan a Preciado y entonces nota que la mujer a su lado se está derritiendo en lodo, como si su cuerpo fuera de tierra y la humedad del sudor lo deshiciera. Este suceso le roba el aliento y gradualmente va perdiendo la respiración hasta que muere de ahogo. Juan lo refiere del siguiente modo:

² Georg R. Freeman subraya las connotaciones bíblicas de los hermanos/esposos; su desnudez y soledad, representando el estado primigenio de Adán y Eva, y el estado semi-derruido de la vivienda, simbolizando el acontecimiento de la caída de la gracia del ser humano (cf. Freeman, 1974, pp. 68-71).

Tuve que sorber el mismo aire que salía de mi boca, deteniéndolo con las manos antes de que se fuera. Lo sentía ir y venir, cada vez menos; hasta que se hizo tan delgado que se filtró entre mis dedos para siempre. (p. 61).

De pronto la narración de Preciado es interrumpida por una voz que cuestiona lo que está contando. "—¿Quieres hacerme creer que te mató el ahogo, Juan Preciado?" (p. 62). Es la voz de su compañera de tumba, Dorotea, quien le recuerda que ella y Donis lo encontraron tirado en la plaza del pueblo, tieso y acalambrado como terminan aquellos que mueren de miedo. Ante este señalamiento, Preciado admite que no murió de ahogo sino de miedo, de un miedo que se le fue juntando desde su llegada a Comala hasta su encuentro con la horda de murmullos espectrales que lo asediaron a muerte. "—Es cierto Dorotea. Me mataron los murmullos" (p. 62). El joven viajó hasta Comala para morir allá en lugar de su madre Doloritas. Su madre, quien vivió largo tiempo añorando el regreso a su pueblo amado; ese lugar idílico de sus memorias con sabor a azahar de naranjos y a olores de alfalfa, miel y pan horneado. "Un pueblo que huele a miel derramada..." (p. 21). Cuando Juan Preciado llega a Comala no encuentra el paraíso de los recuerdos de su madre, sino que se topa con un lugar infernal: un pueblo devastado por la violencia y el rencor atroz del hacendado *Pedro Páramo*.

Luvina, una región agonizante

La novela nos introduce a esa oscura dimensión de muerte, simbolizada en el pueblo de Comala. Los habitantes son difuntos activos en sus tumbas, ánimas en pena que vagan por el mundo y algunos seres sombra que aún parecen vivir en el pueblo. La atmósfera rara de la novela se vincula tanto con esa extraña región de muerte que es Comala como con sus habitantes lúgubres. Rulfo afirma que la redacción de "Luvina" le dio la clave para adentrarse en el entorno sombrío de Comala, de manera que el cuento es particularmente cercano a *Pedro Páramo*. Esta cercanía responde a que el relato corto representa una condición de la existencia humana próxima a la muerte: el estado de agonía. "Luvina" trata de una región desolada y moribunda en la que predominan ciertos elementos siniestros, tales como, la devastación del entorno natural, la condición sombría de sus habitantes, una bruma que vela constantemente el horizonte y una cierta perturbación del sentido de tiempo y espacio.

El narrador del cuento es un profesor que parece compartir sus vivencias con otra persona que está por partir hacia ese lugar. La primera línea del cuento exhibe la ubicación geográfica de Luvina. "De los cerros altos del sur, el de Luvina es el más alto y el más pedregoso" (Rulfo, 2005a, p. 99). El enunciado inicial revela una posición espacial indefinida, en la que no es claro de qué cerros del sur se habla. En todo el relato la ubicación imprecisa de la región se mantiene. Además de la geografía indeterminada, el acceso a Luvina es complicado debido a que se encuentra en una zona alejada y elevada, con terreno escarpado y pedregoso. El profesor cuenta que la primera vez que fue a Luvina tuvo que contratar a un arriero que lo llevara a él y a su familia. El arriero, al igual que Abundio, funge aquí como guía que conduce al maestro a una región lejana y extraña. Pero apenas llegan al pueblo de Luvina el arriero se apresura a partir, sin dejar que sus animales descansen un poco. El hombre aclara que allí se dañarían más, y se marcha a prisa con sus bestias "[...] como si se alejara de un lugar endemoniado" (p. 103).

El profesor no comprende al principio lo que motiva el extraño comportamiento del arriero. Lo que está por descubrir es que Luvina es una zona hostil a la existencia, una región en la que la vida apenas puede subsistir. La dificultad para reconocer la naturaleza del lugar al que ha llegado suscita en el profesor un sentimiento de extrañeza. Este extrañamiento se traduce en la pregunta que plantea a su mujer: "—¿En qué país estamos, Agripina?" (p. 103). Un sentido del concepto siniestro (*Unheimlich*) se relaciona precisamente con lo raro y ajeno. El vocablo alemán *Heimlich* remite a lo familiar, lo conocido, lo doméstico; de manera que su antónimo *Unheimlich* alude a lo extraño, lo desconocido, lo ajeno (cf. Freud, 2007, pp. XI-XVII). "*Unheimlich* es algo inquietante, que provoca un terror atroz; sentirse *unheimlich* es sentirse incómodo" (Trías, 2006, p. 45). El desconcierto que embarga al profesor cuando llega a Luvina se vincula con este sentido de lo siniestro. El sentimiento de extrañeza surge no sólo del hecho de llegar a un lugar desolado y abandonado, sino también de la sospecha de encontrarse ante una dimensión hostil a la vida y próxima a la muerte. La región de Luvina parece simbolizar la condición de agonía; ese umbral grisáceo contiguo a la muerte.

Un rasgo de la condición agonizante de Luvina se encuentra en la desolación del entorno natural. La región está conformada por cerros pedregosos y polvorientos, carentes de vegetación en sus laderas. Ni en la plaza del pueblo hay un árbol o un arbusto que le dé un poco de vida al lugar. La única planta que a veces logra subsistir en ese entorno tan adverso es el chicalote, pero sólo allí donde hay un poco de sombra entre las rocas. En Luvina tampoco es posible encontrar animales

salvajes o domésticos de los cuales alimentarse. No cuentan ni con la fiel compañía de los perros, porque hasta éstos han desaparecido. Esta imagen desoladora del entorno natural de Luvina es descrita por el profesor de la siguiente manera: "aquellos cerros apagados como si estuvieran muertos" (Rulfo, 2005a, p. 101). Es importante poner atención en la frase "como si estuvieran muertos" porque en efecto la región de Luvina no es una dimensión de muerte como Comala, pero sí una próxima a ella.

Además de la desolación del entorno natural, el pueblo de Luvina se encuentra en una condición de abandono y miseria extrema. Las instituciones sociales son inexistentes en ese lugar. El profesor y su familia no pudieron encontrar una fonda o mesón para hospedarse y proveerse de alimentos. La atención médica no existe y lo mismo vale para la asistencia espiritual, pues la iglesia es apenas un jacalón vacío sin puertas ni imágenes a quien rezarle. El núcleo familiar está desintegrado, ya que en el pueblo viven únicamente los viejos y las mujeres solas. Los hombres se marchan en busca de trabajo para ganar el sustento de los que quedan atrás; y los niños hacen lo propio apenas pueden hacerlo: "[...] pegan el brinco del pecho de la madre al azadón y desaparecen de Luvina" (p. 107). Los hombres que emigran tienen la costumbre de regresar una vez al año con alimentos para los suyos. Entonces el pueblo parece revivir un poco, con ruidos y murmullos por doquier, pero pronto se apaga nuevamente cuando ellos vuelven a partir. Lo que sí parece haber en Luvina es una escuela, por la presencia misma del profesor en el pueblo. ¿Pero qué sentido tiene una escuela en un lugar que muere de hambre? Quizá aquí se encuentra un señalamiento a las limitaciones de la cruzada educativa de José Vasconcelos, resumida en el lema "alfabeto y jabón". La enseñanza del alfabeto, el pan del alma, no tiene sentido si no se provee a la vez el sustento del cuerpo. Con esto en mente, Alfonso Reyes propone ampliar el lema de Vasconcelos a: "alfabeto, pan y jabón" (Reyes, 2005, p. 201).

Por otro lado, la región es azotada por un ventarrón oscuro que sopla a todas horas sin cesar. El viento tiene un papel central en el cuento, al punto que funge como uno de los protagonistas principales del mismo. Es un agente activo que impone condiciones sobre todo lo demás existente. El vendaval se prende de las cosas como si tuviera uñas y dientes, y arranca tecatas de tierra de las paredes desgastadas o se lleva incluso el techo de alguna casa. El fuerte viento sopla sin cesar y en todo momento, desde la mañana hasta el anochecer, al punto que el profesor dice que se siente "[...] bullir dentro de uno como si se pusiera a remover los goznes de nuestros mismos huesos" (Rulfo,

2005a, p. 100). La presencia activa y constante del ventarrón ha llevado a los viejos de Luvina a considerarlo como un habitante especial del lugar. En las noches de luna llena dicen que es posible verlo caminar por las calles de Luvina, envuelto en su cobija negra que lleva a rastras. Esta concepción del viento como una entidad activa que impone condiciones sobre todo lo demás y que incluso se manifiesta visualmente hacen de él un personaje más sustancial que los propios residentes humanos de Luvina.³

El viento pardo que azota la región no es la única presencia siniestra en Luvina. Los seres humanos que habitan el pueblo son igualmente figuras sombrías. Los ancianos y las mujeres subsisten en condiciones de existencia límite. La desnutrición crónica que padecen se muestra en sus cuerpos enclenques y sin fuerzas. Los habitantes del lugar recurren al hábito de mascar bagazos de mezquite seco en un intento por engañar al hambre. Los viejos de Luvina son figuras tristes y apagadas que se pasan la mayor parte del día sentados en el umbral de las puertas de sus casas, viendo la salida y la puesta del sol. Y cuando deciden moverse, se deslizan por las calles del pueblo repegados a las paredes de las casas, cual sombras temerosas de ser arrastradas por el fuerte viento. A los ancianos no les preocupa cómo se pasan las horas y los días, pues viven replegados en su interioridad, en esa realidad interna en la que el tiempo parece no existir. Tampoco parece inquietarles las condiciones hostiles de la región, como la aridez del lugar o el fuerte vendaval. En relación al viento, por ejemplo, lo soportan con resignación y afirman que: "Dura lo que debe de durar. Es el mandato de Dios" (p. 108). Pero no sólo se resignan a la presencia constante del vendaval, sino que incluso la valoran positivamente al afirmar que así está mejor. El fuerte viento, dicen, mantiene el sol a raya y evita que el calor les absorba la sangre y la poca agua que hay en sus cuerpos.

Las mujeres de Luvina también son figuras sombrías. Al igual que los ancianos, padecen hambre crónica y sus cuerpos son débiles y delgados; al igual que ellos, se deslizan por las calles del pueblo en sigilo cual si fueran sombras. El profesor no olvida el encuentro que tuvo con ellas la primera noche que pasó en Luvina; esa noche en que tuvo que resguardarse con su familia en la iglesia del pueblo. La mayor parte del tiempo no pudieron dormir, escuchando el fuerte vendaval azotar el templo; estuvieron despiertos oyendo sus largos aullidos y el rechinar de las cruces de

³ Luis Leal sostiene que el fuerte viento en Luvina es quien gobierna el pueblo y sus residentes [cf. Leal, L. (1974) "El cuento de ambiente: 'Luvina', de Juan Rulfo", en Giacomani, H. F., (ed), *Homenaje a Juan Rulfo*, New York: Las Américas Publishing, Co., pp; 91-98].

mezquite al ser sacudidas por las ráfagas de viento. Pero en la madrugada el ventarrón se calmó un rato y hubo un silencio profundo que reveló la inmensa soledad del lugar. En ese momento el profesor pudo percibir un sonido extraño proveniente de la entrada al recinto; un ruido como el aletear de murciélagos de grandes alas. Intrigado se dirigió hacia el origen del bullicio y ahí fue que se topó con un grupo de figuras oscuras: eran las mujeres de Luvina. "Vi a todas las mujeres de Luvina con su cántaro al hombro, con el rebozo colgado de su cabeza y sus figuras negras sobre el negro fondo de la noche" (p. 106). Las mujeres salen en grupo de madrugada en busca de agua, y tras apenas intercambiar unas palabras con el profesor se marcharon hacia la oscuridad de la noche "como si fueran sombras". Las mujeres y los viejos de Luvina son figuras tan apagadas que son caracterizadas más como seres-sombra que como personas vivas y activas; son figuras sombrías que se desplazan por las calles del pueblo ya sea de día o de noche.

El entorno brumoso de Luvina

El fuerte vendaval que sopla en Luvina levanta la tierra polvorienta y ocasiona que el lugar esté constantemente cubierto por un aire parduzco. El entorno en Luvina es siempre brumoso como si un velo gris ocultara todo el horizonte. El profesor le advierte a su interlocutor: "Nunca verá usted un cielo azul en Luvina. Allí todo el horizonte está desteñido; nublado siempre por una mancha caliginosa que no se borra nunca. [...] todo envuelto en un calín ceniciento" (p. 101). La bruma grisácea que cubre la región es oprimiente, pues limita la visión y roba la perspectiva. La pérdida de la visión es siniestra porque difumina los contornos de la realidad ordinaria. La atmósfera nebulosa desdibuja la realidad conocida y familiar, despertando el sentimiento de extrañeza. La inquietud del profesor, al cuestionar a su mujer por ese raro país al que habían llegado, proviene en buena medida de la bruma persistente. La mancha caliginosa que se posa sobre la región de Luvina, un suceso atmosférico desde una perspectiva naturalista, deviene en un fenómeno siniestro si se atiende a su capacidad de velar el mundo ordinario.

Pero el entorno brumoso no sólo perturba la orientación espacial en Luvina, sino que también parece trastocar el sentido del tiempo. La falta de perspectiva se manifiesta en la renuencia de los habitantes a albergar algún tipo de expectativa en el futuro, como si la bruma grisácea motivara en ellos la desesperanza. En Luvina el tiempo parece ralentizarse, no sólo porque a nadie le importa llevar la cuenta del paso de las horas y los días, sino también debido a la monotonía y quietud que

allá prevalecen. El profesor no puede recordar cuántos años vivió allá, pero sostiene que debió ser una inmensidad de tiempo. "Y es que allá el tiempo es muy largo" (p. 106). La vida en ese lugar se torna lenta y pesada debido a las condiciones adversas de existencia. La desolación del entorno y la perenne bruma grisácea despiertan un sentimiento profundo de estatismo, como si el acontecer mismo estuviera suspendido. No es de extrañar que los habitantes de Luvina evadan la realidad exterior para encontrar refugio en el mundo interior. Los viejos de Luvina no se rigen por el tiempo objetivo con sus medidas regulares, sino que viven replegados en su interioridad, en ese mundo subjetivo donde se puede vivir como sin tiempo. Los ancianos dejan pasar su vida sentados en los marcos de sus casas: "[...] mirando la salida y la puesta del sol, subiendo y bajando la cabeza, hasta que acaban aflojándose los resortes y entonces todo se queda quieto, sin tiempo, como si se viviera siempre en la eternidad" (pp. 106-107).

El paso del tiempo no tiene sentido en un lugar donde persisten la quietud y la monotonía, en una zona donde siempre sopla un viento gris que desdibuja el horizonte y roba la perspectiva. El transcurrir del tiempo no tiene sentido en una región donde sólo se escucha el fuerte vendaval que sopla constantemente o el silencio profundo que mora en la soledad. La sucesión de las horas y los días no tiene lugar para esos viejos cansados y desencantados de la vida, y cuya única esperanza es la llegada de su propia muerte. "Solamente el día y la noche hasta el día de la muerte, que para ellos es una esperanza" (p. 106). En Luvina, una región agonizante, la hora de la muerte se presenta todavía como una última esperanza, una extraña expectativa de que el padecer prolongado de esta vida cese y dé paso a un modo de ser distinto. En Comala, una región lúgubre, esta esperanza ya no existe, pues la muerte sólo inaugura otras formas de sufrimiento. Las ánimas en pena que lamentan sus faltas y vagan por las calles del pueblo en busca de algún ser vivo que interceda por ellas dan buena cuenta de esto último.

La posibilidad de que la percepción espacio-temporal en Luvina se encuentre trastocada es importante porque esto representaría un punto de proximidad con Comala. La perturbación del sentido de tiempo y espacio sería un buen indicador de que estamos ante una dimensión que se distancia de la vida y se aproxima a la muerte. El entorno brumoso puede ser concebido como un signo de la condición agonizante de Luvina; como una evocación de lo indistinto, como "[...] el período transitorio entre dos estados" (Chevalier, 1999, p. 752). En el trance de morir se padece la disolución de los contornos del mundo habitual. En la novela *Pedro Páramo* leemos acerca del accidente mortal

del hijo del hacendado. Miguel cabalgaba hacia Contla para ver a su novia cuando, en un intento por saltar un lienzo de piedra, cae de su caballo y muere. El ánima del joven visita a Eduviges Dyada, poseedora de un don o una maldición: un sexto sentido que le permite comunicarse con los muertos. Miguel le confía un suceso extraño que le acaba de ocurrir. Le cuenta que tras saltar el muro de piedra siguió cabalgando rumbo a Contla, pero por más que avanzó en esa dirección no pudo dar con el pueblo. "Se me perdió el pueblo. Había mucha neblina o humo o no sé qué; pero sé que Contla no existe. Fui más allá según mis cálculos, y no encontré nada" (Rulfo, 2005b, p. 25). El joven le confiesa que acude a ella para contarle ese extraño suceso porque sabe que no lo va a juzgar de loco como lo harían todos los demás. La mujer tras escuchar su relato le responde que efectivamente loco no está, lo que sí está es muerto.

La presencia de la niebla en el relato de Miguel Páramo es significativa. En el cuento el viento grisáceo que se posa sobre Luvina borra los contornos del horizonte, pero no oculta por completo el mundo circundante. La bruma gris perturba la perspectiva sin llegar a suprimirla totalmente porque Luvina es una región moribunda no una dimensión de muerte. En la novela, por otro lado, el humo o la neblina con la que se topa el joven Páramo le oculta por completo el mundo. La niebla que le impide el acceso al pueblo de Contla simboliza la disolución del mundo de los vivos y el consecuente ingreso a la dimensión de los muertos. En su versión de muerte por ahogo, Juan Preciado dice que sintió perderse en un remolino de nubes espumosas. "Tengo memoria de haber visto algo así como nubes espumosas haciendo remolino sobre mi cabeza y luego enjuagarme con aquella espuma y perderme en su nublazón. Fue lo último que vi" (p. 61).

En el trance de morir, lo que padece el alma al separarse del cuerpo es una desorientación absoluta, en el sentido de una pérdida total de tiempo y espacio. El alma cesa de estar en este mundo, de hallarse en un aquí y en un ahora, porque se separa de aquello que la vincula a él, a saber, el cuerpo. Pero al no encontrarse anclada más a esta realidad mundana, el ánima deja de estar sujeta al condicionamiento espacio-temporal. A esto se refiere Juan Rulfo cuando sostiene que "[...] los muertos no tienen tiempo ni espacio" (Sommers, 1974, p. 19). Los muertos no se rigen más por el tiempo y el espacio, y por este motivo las ánimas en pena pueden aparecer y desaparecer misteriosa y repentinamente. Esto explicaría, al menos en parte, la manifestación de sucesos tan extraños en la región de Comala, como esos en los que se oyen pasos detrás de uno sin que alguien camine cerca o cuando se escuchan ladridos de perros sin que éstos existan.

A manera de conclusión

Luvina es una región plena de sufrimiento y desesperanza; es un lugar donde anida la tristeza y no hay sitio para la sonrisa; es un Purgatorio donde la gente padece tormentos sin trascendencia ni redención. Los habitantes de este poblado soportan con resignación las condiciones hostiles de vida y se limitan a sobrevivir sin expectativa alguna. Luvina es un pueblo moribundo donde la existencia se torna lenta y pesada. El maestro que pasó largo tiempo en ese lugar endemoniado quedó profundamente afectado por esa vivencia atroz. En la parte final del cuento, el profesor detiene de pronto su narración sobre Luvina y ya ebrio observa con detenimiento un punto fijo sobre la mesa. Ahí se encuentran unos comejenes retorciéndose con las alas chamuscadas tras haber chocado contra la lámpara de petróleo de la tienda. Estos insectos ya no pueden volar y sólo les queda arrastrarse sobre la mesa como si fueran "[...] gusanitos desnudos" (Rulfo, 2005a, p. 107). El hombre parece reconocerse en esos gusanitos pues él también perdió sus alas; perdió la ilusión de vivir, tras pasar años en Luvina y padecer en carne propia la crudeza de esa región moribunda. La experiencia de vivir en ese lugar agonizante consumió su propia vitalidad y ahora sólo le queda hacer lo mismo que los viejos de Luvina: guardarse en la interioridad, en ese mundo interno en el que se puede vivir como fuera del tiempo.

Referencias

- Bárcenas, R. (2019) El encuentro enigmático de Juan Preciado con la pareja de hermanos en *Pedro Páramo*, *Revista Sincronía*. XXIII(76) Julio-Diciembre 2019, 606-621.
<https://revistasincronia.cucsh.udg.mx/index.php/sincronia/article/view/773/919>
- Chevalier, J. (1999) *Diccionario de los símbolos*, sexta impresión, Barcelona: Editorial Herder.
- Freud, S. (2007). Lo siniestro, Prólogo a Hoffmann, E. T. W. *El hombre de la arena* (pp. IX-LVI), México: Factoría Ediciones.
- Freeman, G. R. (1974) La caída de la gracia: clave arquetípica de *Pedro Páramo*, en Sommers, J. (ed.) *La narrativa de Juan Rulfo. Interpretaciones críticas* (pp. 67-75) México: SEP/SETENTAS.
- Fuentes, C. (2010) Juan Rulfo: el tiempo del mito, en Campbell, F. (ed.) *La ficción de la memoria. Juan Rulfo ante la crítica* (pp.252-271), primera reimpression, Ediciones Era/UNAM.
- Leal, L. (1974). El cuento de ambiente: "Luvina" de Juan Rulfo, en Giacomani, H. F. (ed.) *Homenaje a Juan Rulfo*, (pp.91-98), Nueva York:Las Américas Publishing Co.

- López, S. (1996), Así nacieron *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, en Fell, C. (ed.) *Juan Rulfo. Toda la Obra*, (pp. 499-512), segunda edición, México: Archivos/UNESCO.
- Reyes, A. (2005) Reflexiones sobre el mexicano, en Reyes, A. *México*, (pp. 2001-2005), México: Fondo de Cultura Económica.
- Rulfo, J. (2005a) *El llano en llamas*. México: Editorial RM/Fundación Juan Rulfo.
- Rulfo, J. (2005b) *Pedro Páramo*. México: Editorial RM/Fundación Juan Rulfo.
- Rulfo, J. (2017) Entrevista, en Vital, A. *Noticias sobre Juan Rulfo. La biografía*, (pp. 389-395), México: Fundación Juan Rulfo/RM Editorial.
- Sommers, J. (1974) Los muertos no tienen tiempo ni espacio (un diálogo con Juan Rulfo), en Sommers, J. (ed), *La narrativa de Juan Rulfo. Interpretaciones críticas*, (pp. 17-22) México: SEP/SETENTAS.
- Trías, E. (2006) *Lo bello y lo siniestro*. Barcelona:DeBOLS!LLO